

dueño, porque llevaba traje diferente. Aun el mono no hubo visto á Ben Arón, con su largo vestido y su enorme gorro amarillo, hizo un esfuerzo más, se escapó de Mustafá, y en dos saltos se plantó en las espaldas del judío, abrazándole, cubriéndole de besos, acompañado de espantosas muecas. Todos los musulmanes, presentes en la sala del Tribunal, exclamaron:—¡Milagro! ¡Alah es el protector de los creyentes!

Apaciguado el tumulto, el Cadi Abdul-Kader, habló como sigue:—Judío Ben Arón, mereces igual que tu hijo, una terrible tanda de palos; pero como el propio Alah se ha encargado de castigaros nada quiero añadir á vuestro castigo. Vuélvate á tu casa con tu hijo; esfuerzate en conseguir por medio de piadosas obras el perdón de Alah. ¡Vete de aquí á fin de que no continúes manchándolo con tu presencia!

La sorpresa, la consternación y el dolor no dejaron contestar á Ben Arón. Solamente, para librarse del mono, hizo un movimiento de hombros; pero el animal se aguantó firme, y el judío hubo de volverse á su casa con aquel fardo importuno. Cuando el pueblo de Chiraz, reunido frente á la casa del Cadi, vio le aparecer con el animal, no hay palabras para describir el tumulto que se produjo. Quería Ben Arón doblar el paso para escapar á la curiosidad de sus convecinos, pero la multitud obstruyéndolo todo, le impedía la fuga. Los musulmanes jóvenes cogieron piedras para apedrearle y le hubieran muerto si al fin no hubiese llegado, magullado del todo, á la puerta de su casa.

Cuando se consideró seguro, se dijo así mismo exhalando un profundo suspiro:—¡Ben Arón, Mustafá ha sido más listo que tú! Todo esto es obra de él. ¿Ahora de qué me sirven sus riquezas? ¿Perdido mi hijo, á quién dejarlas después de mi muerte?—Durante el día había sido el alma del judío objeto de rudas luchas y en medio de sus ideas egoistas se sobreponieron sus buenos sentimientos. Pudo más el amor paternal que su avaricia, y resolvió ir al momento á casa de Mustafá.

Este esperaba la visita. Cuando los dos amigos estuvieron solos, tomó la palabra Mustafá:—¿Y bien, Ben Arón, qué asunto te ha traído aquí á tales horas? Supongo que la alegría de haber encontrado á tu hijo, aunque un poco variado, te ha hecho dar al olvido los malos tratos de que has sido objeto por parte de los habitantes de Chiraz, ó quizá, según se dice, has ganado, sobre todo en el año último, sumas considerables. Se me ha acusado de haberte robado tu hijo; estás completa-

mente en tu derecho en reclamarlo; no hablemos, pues, de eso.

—¡Ah, Mustafá!—dijo el judío, con un profundo suspiro—yo soy un traidor. El demonio de la avaricia apoderóse de mi corazón, y vacié las seis vasijas que depositaste en mi casa. Yo he violado las sagradas leyes de la amistad; pero estoy pronto á devolvértelo, á darte cuanto me pertenece, si me devuelves á mi Benjamin.

—¡Desgraciado!—exclamó Mustafá—merecerías que volviese á casa del Cadi, para comunicarle la revelación que acabas de hacerme; pero quiero mostrarme generoso contigo. Vete á buscar mis riquezas, y si tú eres digno de ello, te daré noticias de tu hijo, que vive todavía.

Al oír tales palabras, Ben Arón se echó á los piés de Mustafá para abrazar sus rodillas; pero como éste hizo con la pierna un movimiento que habría podido convertirse en un punta pie, se levantó al momento y desapareció.

Volvió pronto seguido de dos esclavos cargados de sacos que contenían el tesoro de Mustafá. Contada la suma, el musulmán se fué á la bodega y reapareció en seguida con Benjamin.—Te devuelvo tu hijo—dijo él—pero con una condición que tú has de aceptar. Como en esta población no quiero pasar por embustero, esta misma noche te largas de aquí y para siempre.

—¡Me voy, sí, me voy!—exclamó Ben Arón—este pueblo no me verá más.

Desde entonces, el pueblo de Chiraz ha creído y cree todavía que un niño judío se transformó en mono por haber blasfemado de Mahoma.

TRADUCCIÓN DE V.

CRÓNICA

Por lo que se refiere á noticias de fiestas, funciones religiosas, de teatros, bailes, mitines, reuniones familiares, siempre que tengan cierta importancia, esto es, todo cuanto puede interesar al público, como norma de nuestra conducta, debemos decir:

Que estamos dispuestos á dar cuenta de todo, y que cuando no sea así, no se achaque á deseos mortificantes, malquerencias, que con lo que se verifique tengamos, sino á no tener noticias seguras, á no haber podido asistir, ó sido invitados, ó á exigírsenos entrada. Porque no hay que dar al olvido que